escuchado las narraciones que os trasmito y otras mil que pudiera contaros.

Leed, pues, este libro que escribí lo mejor que pude en el campo de batalla y con el papel sobre la rodilla, por decirlo así, y yo quedaré bien pagado con sólo que os haga pensar un poco ahora que casi no piensan los jóvenes. Con eso me bastaría, repito; pero á veces deseo que no sólo sea éste un libro para hoy, sino también para mañana. ¡Plegue á Dios así concedérmelo v que cuando la vida cambie de faz para vosotras y troqueis el Colegio por el hogar ó por la cátedra: cuando sustituyáis la gris blusita v parduzca falda del uniforme estudiantil por el bullicioso ropage de la señora de mundo ó por la tosca saya de la humilde madre de familia; todavía los cuentos de este libro os agraden y proporcionea lecciones de la experiencia y os causen los estremecimientos de un saludable horror al mundo de los descreídos v los pecadores y la conmoción generosa de la caridad por esos desdichados.

A. SEGALE.

Tacubaya, y Octubre de 1895.

ROSA-CRUZ.

1

QUELLA noche el P. Fernández. á quien solía visitar con frecuencia, me recibió en su propia alcoba. El mucho trabajo de la última cuaresma le había dejado achacoso y obligádole á guardar cama. Me habló como siempre de muchas cosas espirituales y sabrosísimas con aquel su estilo más impregnado de celestial v evangélico aroma cuando más había trabajado por Cristo. Pero aquella noche me distraía mucho de pensar en lo que él me iba diciendo un objeto raro, que desde mi entrada al aposento se había atraído mis curiosas miradas. De la mera cabeza del clavo que unía los pies del Crucifijo, pendiente sobre la cabecera del lecho. colgaba por medio de una cinta negra y roja un dije muy extraño. Era una cruz de Malta, que tenía por remate una rosa de brillantes y entrelazado á sus brazos un rodillo de pergamino muy arrugado y lleno de manchas oscuras como de gotas de sangre envejecidas. Yo conocí desde luego que era aquella cruz un distintivo masónico, precisamente el que usan los caballeros Rosa--Cruz de las Logias y comprendí que tal objeto en tal sitio significaba toda una historia. El Padre advirtió que vo no quitaba los ojos del misterioso distintivo y me dijo sonriendo: Es un trofeo, si no de victoria, sí de venganza, que le he suspendido á mi Santo--Cristo. Es una reliquia y un recuerdo de cierta historia, que me impresionó mucho cuando fuí testigo de ella. Y, diciendo esto, desprendió el chisme aquel y me lo puso en las manos, en las cuales vo comencé á revolverlo é inspeccionarlo, sintiendo en torno de mi columna vertebral ese frío que causan los objetos misteriosos y terribles. El Padre Fernández me martirizó largo rato, poniendo á prueba mi curiosidad y dando respuestas evasivas á mis anciosas preguntas, hasta que cediendo á mis instancias, me contó el origen de aquella prenda, la horrible aunque vulgar historia, que voy á referir en seguida.

II

En uno de los corredores del que fué convento de las Brígidas, convertido ahora en habitación de unos cuantos Padres Jesuitas, se paseaba con señales de impaciencia un hombre arropado en profusa capa española, con el alto sombrero de seda y el bastón de carey en la mano izquierda. Un farolillo con lámpara de petróleo, pues era de noche, fijo en la pared del claustro, iluminaba á ratos el semblante de aquel hombre, cuando pasaba frente al dicho farol; y podía verse entónces un rostro alargado y flacucho, de color cenceño, con bigotes exageradamente retorcidos con pomada húngara, con naríz larga y filosa, con frente harto estrecha coronada por un rizo enorme, por una ala de pichón, y en aquel semblante dos ojos tan negros como pequeños, dos pelotillas de azabache mal encajadas en tal figura.

Al fin un Padre, mal cobijado con balandrán, apareció por el extremo del corredor y encaminóse á la puertecilla de una de las habitaciones; el IO

hombre se apersonó con él, le dijo unas cuantas palabres casi en secreto y entraron ambos á la celda. Aquel hombre era Gustavo Adolfo Ruiz, pseudo-liberal, pseudo-político, pseudo diputado, verdadero calavera, semi-mason del grado 18 de la Lógia Anáhuac y genuino tipo de esos hombrecillos que ni son capaces de creer ni impíos de verdad, de convicción, insensatos, libertinos, orates del positivismo actual, esponjas esprimidas por todos los errores y todos los descarríos.

Gustavo Adolfo se iba á casar con Rosa María Quiñones, linda como su nombre, rica como Creso y casquivana como hay muchas: Por eso Gustavo había ido á. . . . confesarse aquella noche, para llenar los requisitos de la Iglesia, ante la cual era costumbre imprescindible hacer lo que ellos llaman la ceremonia. Había escogido para el objeto un padre de la Compañía, no porque tuviese arduos negocios de conciencia que arreglar, que sí tenía, sino porque era más de tono, más propio de su talento y elevación científica (?) ir á contarle las primeras cuatro tonterías que se le viniesen

al chirúmen (él las llamaba con un sinónimo, que no puede escribirse, propio de su vocabulario usual entre amigos) á un célebre director de conciencias y no al vicario de la parroquia

Diez minutos después salía Gustavo Adolfo de aquella celda, llevando en la mano la papeleta de confusión y en la cara el gesto alegre del pícaro tonto, que acaba de salir de un mal paso y de engañarse á sí mismo.

III

La sala de la señora viuda de Quiñones se anegaba de luces y se enjambraba de gentecilla elegante. Era el matrimonio civil de Rosa. Las señoras llenaban el estradro charlando abigarradamente, las mamás hablaban de sus hijos elogiándolos con exageración, las solteras contaban noviazgos ó murmuraban de la familia Quiñones y del casamiento. En la antesala y en los pasillos cuchicheando fumaban y reían los hombres, dirigiendo á ratos á las mujeres del estrado miradas tan canallescas ó tan estúpidas que daban risa ó causaban asco. Rosa, vestida de

gros de color gris-perla, después de haberse dejado admirar de las amigas, platicaba confidencialmente con su amiga íntima Lupe Verduzco, á quien acababa de ver después de tres años de ausencia.

-Pero ¿no te impedirá las prácti-

cas religiosas?—decía Lupe.

—No, si ya lo voy convirtiendo. Imaginate que hace tres meses que va á Misa de doce domíngo por domíngo.

-Sí, però va á verte, porque tú vas

allá.

—No lo creas: así atraemos á los hombres al buen camino.

-Y ¿ya se confesó?

—Anoche mismo y con el Padre Antonio, el jesuita que es tan progre-

sista y tan sabio.

—No confío o mucho en esas confesiones, Aunque ahora se muestra manso, no te alucines, ya irá sacando las garras. Primero sopitas de miel y luego tragos de hiel; pero, en fin, es cosa hecha.

—Y que yo lo quiero mucho. ¡Ay'. mujer, no seas pesimista. Yo espero mucho que lo acabaré de hacer al moide. Ya le regalé unos aretes de brillantes á la Purísima de la Madre Lu-

A Take Markey

cecita, que es tan de moda y hace tantos milagros. Se la llevaron á casa de Don Juan Martínez el senador, cuando se estaba muriendo, y aunque no quiso confesarse, alcanzó la unción en sus últimos momentos.

—Que de nada le ha de haber servido, porque no estaba dispuesto. ¿Tú no sabes que Dios maldijo á los hebreos que se enlazaran ó unieran á sus hijas con maridos extranjeros é idólatras y que mandó apedrear á las mu-

jeres que eso hicieran?

En este momento una vocecita armoniosa é indiscreta decía no lejos de las dos interlocutoras: ¿Que yo me case con mason? Primero muerta. Vaya si tenemos que padecer mamá y yo con mi hermano Rodolfo, que se ha vuelto descreído, y ya no deja paz en la casa. Era Lilí Contreras, la espiritual niña de cabellos blondos y tez de camelia, la Caperuza roja, como la llamaba Rosita Quiñones, que en aquei momento rehusaba un novio como Gustavo Adolfo, que de chanza le ofrecía su vecina.

-¿Qué dices, Lilí?-le preguntó

Rosa volvióndose á ella.

-Que eres muy tonta, criatura, que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON Bibliologa Valverde y Tellez eres muy tonta—fué á decirle al oído Lilí, levantándose con un salero y un candor que daba envidia.—Pero muy linda, agregó besándola estrepitosamente en la mejilla.

—Sí—continuó Lupe por su lado— Dios mandaba que muriera apedreada la que tuviera amores con enemigos

de su religión.

—¡Ay! Rosa, que no vayas á ser apedreada, dijo Lilí haciéndole un cariño.

—Y ¿quién me ha de apedrear? boba, si eso que la beata de Lupe dice, es cosa de los judíos, ¿quién me había de apedrear?

—Pues, Dios, mujer, pues Dios respondió la niña poniéndose muy triste y muy seria con esa seriedad de niño, que infunde tanto respeto.

Rosa palideció visiblemente: sentía acaso la presencia de un ser superior, que la amenazaba para el porvenir. Vamos, que la había amedrantado aquella Casandra bulliciosa y linda como un ángel del Ticiano.

En aquellos momentos se presentó en la sala el juez del Registro Civil. un viejo feote y estiradísimo, de anteojos con alambres de oro, y barba de candado. Hizo el buen juez los preparativos necesarios, llamó ante sí á los novios y testigos, tosió dos veces, se dió mucho tono, ordenó á los presentes que se pusiesen de pié, porque aquel acto era muy digno de todo respeto, pues no era, como el matrimonio religioso, simple ceremonia, (dijo él) sino verdadera unión de transcendencia y efectos ante el Estado, que es todo. Vos-agregó-á ejercer el sacerdocio de la ley el nombre de la República. Al decir esto una risita mal comprimida resonó entre el silencio de los circunstantes é hizo que el señor Juez lanzara por sobre sus anteojos una mirada, que quiso ser fulmínea. Lilí Contreras, la picara Caperuza encarnada, se apretaba con las manos sus carrillitos de azucena para contener la risa porque se acababa de imaginar al señor Juez vestido de sacerdote con casulla y todo y roceada de su monumental esposa Doña Remedios y de sus seis hijos, a quienes Lilí conocia mucho, rollizos y obscuros de color como bolas de chorizo Extremeño.

Tres días después Muguet, el cronista del periódico El Intransigente. del cual era redactor Gustavo Adolfo, publicaba una descripción opípara del casamiento religioso. Un landau-decía Muguet-tirado por dos caballos negros de pura sangre (!) enjaezados con los correspondientes ramos de azahar paró á la puerta del templo de Sta. Brígida á las once menos cuarto a. m. y de el bajó la desposada, que estaba elegantísima. El níveo ropaje, que engalanaba á Rosa, parecía tejido de alas de ángel y alas de abeja; á la largo de la falda abullonada lucían muy costosas perlas. ¡En verdad que no tienen los jardines de nuestra mesa central Rosa mas gallarda que la Srita. Quiñones!-exclamamos al verla en todo el esplendor de su hermosura iluminada por los reflejos ruborosos de la antorcha de Himeneo. Dos pajecitos, dos efebos sostenían su luenga v pesada falda. Al entrar la desposada, ejecutó magistralmente la orquesta del Conservatorio la marcha nupcial de Mendelhsson, ese epitalapor Atenógenes Segale.

mio tan clásico y tan aristocrático. "Arrodillados los novios, de los cuales él vestía pantalón crema y levita principe de Gales, en mullidos cojines de púrpura, hizo las preguntas rituales, levó la epístola de San Pablo (1). escrita para esos casos (!) y dió las bendiciones de arras y demás el Ilmo. X. En aquel instante la voz trémula de emoción de la desposada, el color de sus mejillas, la mística luz, que rodeaba su fisonomía, todo nos indico que Rosa era supremamente feliz y evocamos las orientales notas del Cantar de los Cantares (Muguet no lo conocía sino de nombre) y la tragedia idílica de los amantes de Verona.

"Asistió al acto toda la crema de nuestra sociedad. Allí pudimos ver á (y aquí una lista enorme de señoras, señoritas y caballeros, con quienes Muguet se hombreaba solo en las columnas del periódico, hasta llegando á tutearlos.)"

Estos y otros muchos disparates escribió entonces el pobrecillo Muguet; lo que no dijo ni pudo decir fué que

⁽¹⁾ Así llaman los ignorantes, así á la exhortación del Ritual Toledano, que se lee por lo común á los contrayentes.

los asistentes á la celebración del Sacramento, toda la crema, como él los llamaba, charlaron, rieron y murmusia como paganos; y que Gustavo Adolfo Ruiz cometió un sacrilegio y Rosa Quiñones poco menos. Así llevaron los desposados al cáliz de la iradivina su óbolo de profanación, acompañados de un séquito digno y para gajes de las bendiciones que Dios enviaría sobre la familia que iban á formar.

V

Un día el P. Fernández subió al tranvía, que corre por el centro de la ciudad. El coche iba lleno y el buen Padre se acomodó lo mejor que pudo, de pie junto á la puertecilla. Pocos momentos después uno de los elegantes que iban sentados en los banquillos del tranvía, abrió cortesmente la portezuela para darle paso á álguien. Una dama entró vestida con mucho lujo y altanera como una palma real, mirando por sobre el ala al mundo entero. Vamos, una verdadera Juno. Era Rosa Quiñones. El Padre se apartó í un lado como un mendigo para dejar-

la paso; tres hombres se levantaron para cederla el asiento, que ella ocupó sin dignarse hacer ni una inclinación de cabeza. En ese momento una muchacha rubia, sencillamente elegante, que estaba sentada al otro extremo del coche, se levantó y le dijo al Padre Fernández:

- -Padre, siéntese usted aquí.
- —De ningun modo. Mil gracias. Estoy bien así.
- —No, siéntese usted. A mí me darán el asiento muchos apénas me vean en pié, á usted no.

El Padre tuvo que aceptar y al instante un lagartijo de lentes inútiles dejó vacío su sitio para que lo ocupase la joven, que no era otra sino Lilí Contreras, la Carperuza encarnada. Tocóla en tal caso sentarse precisamente junto á Rosa, á quien hizo un saludo, del cual apenas obtuvo tal contestación que parecía de limosna. ¿Qué le iba sucediendo á Rosita? que su marido era casi ministro, porque era el adlátere de un ministro muy influyente en aquella época y ella cada vez más hermosa, rica y celebrada se había vuelto horriblemente soberbia.

El Padre Fernández al verla dijo para sí:

Del Campo Contrario

- Pobre mujer! no pasará mucho tiempo sin que se vea humillada; Dios abate á los soberbios.

Rosa María Quiñones de Ruiz estaba en el apogeo de su grandeza. A sus cuantiosas rentas agregábanse no pocos bienes del Clero que su marido acababa de adjudicarse. En los pocos salones de nuestra ciudad pasaba por una de las mayores beldades y daba el tono en asuntos de moda. Los revisteros de bailes v tertulias la celebraban sin medida en ditirambos, que no quedaban sin recompensa.

Recuerdo que el bueno de Muguet hasta la llamó Venus Urania en una crónica apastillada que hizo de un baile de fantasía, al cual había asistido Rosa vestida de Noche, con ropas de negro tul atestadas de brillantes. Sus coches eran de ocho muelles, los caballos de sus cuadras de pura raza, y sus criados muchísimos y muy elegantes y gananciosos,

La vida doméstica de la Quiñones

no podía ser mas feliz. Su casa era un nido, pero nido de oropéndola ó de colibrí. Se ahogaba en delicias. Hasta su marido había dejado las calaveradas que de él se contaban antes y en aquella plena luna de miel parecía tener la fidelidad de un Píramo ó un Leandro v ser el modelo de los espo-SOS.

En aquella atmósfera de felicidad se reía Rosa de los fatales pronósticos que la hacían sus amigas ultramontanas porque se casaba con un sansculotte. Vava si estaban locas la mogigata de Lupe y la cándida Lilí cuando la decían que Dios manda apedrear á la que se casa con infiel.

Los pocos sentimientos cristianos de Rosa estaban narcotizados y medio muertos. ¿Cuando se es tan feliz quién se va á acordar de Dios? Por otra parte, Gustavo se oponía á que ella fuese al templo con frecuencia y era necesario complacerle, transingir con él. para que élásu vez cediese algunos palmos de terreno. Sin embargo, Rosa iba alguna vez al templo, vestida como para ir al teatro, con el poco usado rosario de coral ceñido á la muñeca y el devocionario de marfil en la mano,

rosario v libro comprados con el dinero que producían las fincas robadas á los frailes. Iba al templo á que la vieran v la alabaran, á hacer que se murieran de envidia las otras profanadoras cursis de iglesia y que se ralamieran los bigotes los sietemesinos, que se instalan á ver mujeres en los pórticos de los templos más concurridos. Hizo más Rosa por su religión: regaló á un templo una custodia de azófar, de esas que venden los mercaderes Barcelonetas, v logró por ese medio que un periódico conservador diera la noticia con todo este bombo: "La munificencia de la señora de Ruiz ha enriquecido á la Iglesia de ** con una primorosa custodia de oro macizo. Estos son ejemplos que deben tener entre nuestras damas muchas imitadoras." Así se preparaba Rosa para las sagradas funciones de la maternidad.

Rosa se fastidiaba horriblemente aquella noche; estaba sola, ni había venido visitas, ni Gustavo venía. Era la primera vez que daba el reloj las once sin que él regresara á casa desde que se habían casado. Rosa espera impaciente con esa impaciencia desesperada de la rica que no sabe qué hacerse cuando está sola. Ella no tenía quehaceres domésticos en que entretenerse: había olvidado ó la fastidiaban las pocas labores mujeriles que había aprendido cuando soltera; por tercera vez se le había caído en la falda el novelón estrafalario que aquellos días estaba levendo. ¡Dios mío! ; qué aburrimiento! Gustavo no regresaba, ; qué ingrato! ¿le habría sucedido algo! ; qué miedo sólo pensarlo! no, él debía estar entretenido; pero ; en qué?. . . . Rosa veía su relojito cuajado de brillantes á cada tres minutos, se paseaba por la sala, entreabría las vidrieras, se asomaba á las ventanas, estrujaba las plantas de sombra de las rinconeras, cogía v repasaba los chirimbolos de las mesitas, mordía las motas de su chal y no hallaba qué hacerse, nerviosa, excitada, febril en angustia é incertidumbre. Las doce campanadas del reloj vecino retumbaron en su corazón con ecos siniestros. Un rumor de pasos en la acera de la calle interrumpió el silencio: él debía ser. Rosa se asomó á la ventana. No, no era él, un hombre

pasaba de largo. Poco después ovó llamar fuertemente á una puerta. Debía ser Ruiz. Tampoco, el vecino de enfrente volvía de la zarzuela.

¿Qué era aquello de no venir su esposo? Sin duda una desgracia. ¿Lo habrían asesinado?

Un rocío de sangre salpicó la imaginación de Rosa con mil gotas que la quemaban como otras tantas chispas, y se echó en una butaca gimoteando como una chiquilla. No, si eso fuera, los muchachos amigos que tenía Ruiz en todas partes habrían venido á avisarla. Entónces ¿qué? ¿Volvía á las antiguas calaveradas? Una ola de lumbre subió arrasadora y tremenda al corazón de la muchacha. Rosa corrió á despertar á sus criados, los mandó en todas direcciones á buscar al señor.... todo en vano.

A la mañana Ruiz llegó á casa pálido v descompuesto. Sorprendióse de encontrar à su mujer en el corredor cansada de velar toda la noche, llena de dolor, con los ojos invectados de sangre y la fisonomía estragada.

-Cómo, ; no has dormido?-la dijo.

-Y ; tienes cara de preguntárme-lo?

-Hija, si yo también he estado muriéndome de pena por tí. ¿ No ves qué semblante traigo?

-Sí, muriéndote de pena y ; me

asesinas? ; infiel!

-No, Rosa, no lo creas. Ya lo sabrás algún día. Es un secreto.—Y abrasándola por el cuello la condujo á su aposento.

Cuando estuvieron allí, Rosa, aún haciéndose la enojada, continuó:

-Si no me dices dóndo has estado, no vuelvo á hablarte en mi vida.

-Rosa, es un misterio que no puedo revelarte—repuso fingiéndose muy apurado.

-; Ah! ; tienes secretos para mí?

Ya sé. . . .

-No, mira, te lo diré, pero cállatelo siempre, siempre.—Y después de decir esto, bajó la vista Ruiz y tomando actitud de rapaz que confiesa un pecado agregó: Yo estov afiliado á una logia masónica y anoche determinaron á última hora que tratásemos un asunto de suma importancia que nos entretuvo hasta ahora. Más no puedo decirte. .

—; Ay! quítate de eso cuanto antes, porque dicen que los masones toman venganza y matan, sí, matan.

—Ja, ja, ja, ¡qué candorosa eres! si las logias son asociaciones de beneficencia.

Con aquello quedó Rosa casi satisfecha por de prónto, aunque (y es excusado el decirlo) el garito, la taberna y otros sitios eran la triple logia, en que Ruiz volvía á trabajar con tanto empeño.

VIII

A esa noche siguieron otras en que Ruiz faltaba de su casa y en que Rosa sufría espantosamente. Un corazón, sobre todo si es desmoralizado y si la religión no atiza en él el fuego de un amor santo, se cansa pronto de amar un solo objeto, por bello que éste sea. Ruiz se había cansado de Rosa y vuelto á la vida de variedades, á que estaba acostumbrado. Venus, Baco y Birján entrelazados formaron entonces un verdadero tonel de las Danaides en que se iban perdiendo rápidamente la gran fortuna que Rosa había aportado al matrimonio y los mal adquiridos

bienes de Ruiz, formando un río de oro que se hundía en el abismo.

Una de tantas noches Rosa se bebió la última gota de paciencia que quedaba en su cáliz de matrimonio y resolvió hablarle á su marido con toda la dureza que se merecía. A la mañana siguiente lo mandó llamar y rompió de esta manera:

—No quiero que esta situación se prolongue. Sé que me has aborrecido y que te entretienes en jugar, en amar y en beber.

—Es mentira, te han engañado las beatas con quienes te he prohibido que trates, las amigas de tu madre; eso es todo.

—Yo trato con beatas tanto como tú los negocios masónicos. Sé cuanto haces en estas noches, que te ausenausentas.

-¿Quién te lo ha dicho?

Los libros de cuentas que he vis-

— Tú qué sabes de eso?

—Te voy á decir lo que sé. Envenenado mi corazón de sospechas, me dictó que fuera á ver los libros de tu administrador, y hallé en ellos exhorbitantes partidas de miles de pesos con este destino: regalos para mi.esposa, alhajas para mi esposa; y aunque no sé de cuentas. . . . ; en dónde están esos regalos?

—Has hecho muy mal en visar cuentas, que por ningún título te per-

tenecen. Yo sov el marido.

—Y yo la esposa. ¿Dices que no me pertenecen las cuentas del dinero de mi padre y de mi madre?

-Yo sabré lo que hago, tú cállate, no me mandas, no me he vendido á

nadie.

—Si quieres dilapidar, tira lo que te robaste de los conventos, no lo que te dí de limosna cuando me casé, no lo

permito.

Al oír esto Ruiz, fuera de sí levantó la mano y le dió una bofetada á su mujer. Esta palideció horriblemente hasta no quedarle en el rostro más color que la roja huella de la palma de Gustavo, crispó los puños, apretó los dientes, medio lanzó un ay y cayó desplomada en el pavimento.

Tal fué la primera cuenta de un rosario de disgustos intestinos, de golpes, de horrores, en aquel hogar. Rosa se quejó á sus parientes, mediaron ellos, Ruiz prometió enmienda cien veces y siguió igual; y por el buen parecer y por cuestiones políticas que ligaban al abuelo de Rosa con Gustavo Adolfo quedaron las cosas en el mismo estado.

Rosa tenía miedo cerval al escándalo, su amor propio no pasaba por que supiesen las gentes que se le había rebelado el corazón del marido, v por eso aparentaba contento. Supe que una vez que Ruiz le dió de bastonazos á Rosa y á la media hora salieron juntos en berlina, al paseo de la Reforma. Quien los veía pegaditos y silenciosos se imaginaba: ¡qué matrimonio tan lleno de amor y de ceremonia! Y en verdad levantábase entre los dos un muro invisible, sutil y muy fuerte de odio v de celos. Ya comenzaba á trascender en la sociedad el olor de las riñas convugales de Rosa y Gustavo; pues aquella tade, de que iba vo hablando al pasar el coche de Ruiz junto al break que ocupaban las dos gemelas de Ramírez Aduna acompañadas esa vez por Lilí Contreras; Altagracia sonriendo con malicia le dijo á Lilí af oído: ya tendrás tú quien te dé de palos. Y la candorosa Caperucita sin haber visto á los consortes desavenidos exclamó, levantando mucho su vocecita penetrante: Yo no tengo quien me pegue, tengo quien me bese, mi mamá, Rosa volvió involuntariamente la cabeza al oír aquello. Esa ironía de la inocencia la hizo sentir la reconcentrada amargura que sentirá un náufrago, que, reluchando en los extremos de la vida, ve la sonrisa del cielo va limpio y el perfil halagiieño y primaveral de la costa á que no ha de arribar.

IX

Era ya la una de la mañana y Gustavo Adolfo perdía que era una lástima en el garito de la calle de M. En aquel momento, de codos sobre el tapete verde, inclinada la cabeza, dilatadas las pupilas, esperaba la venida de una sota á la cual había apostado cien pesos. Un criado de su casa, el criado de todas sus confianzas, un buen indio de treinta años, entró en la sala de juego y se colocó respetuosamente detrás de Ruiz, esperando coyuntura para comunicarle algo de importancia á juzgar por el afán que se leía en la acti-

tud y rostro del sirviente. Gustavo seguía ávido la sucesión de naipes que se deslizaban bajo la presión suavísima de la mano del tallador. Por fin, un siete de oros asomó su doble cabeza como riéndose con sarcasmo: era el contrario de la sota. Ruiz dijo una interjección repugnante y se puso lívido. Entónces el criado le habló con mucho respeto, volvió él la cabeza relampagueando de enojo y, reconociéndolo, estuvo á punto de cogerlo por los cabellos.

—; Qué vienes á hacer aquí, estúpido?—gruñó Ruiz.

—La niña se ha puesto muy enferma.

—Pues llama al médico. ¿Qué tiene?

-Señor, urge que usted vaya.

Ruiz comprendió por la fisonomía del eriado que algo muy importante ocurría y, esperezándose, salió de aquella casa.

Cuando Gustavo entró á la alcoba de Rosa, se acababa de retirar el facultativo, el peligro había pasado y se oían los vagidos de un infante.

—Mira, Gustavo—le dijo Rosa, al verlo llegar, y le señaló á su hijo que

se retorcía como una mariposa, recien abierto el capullo, entre los finos pañalitos de batista. El grito del amor paternal fué un sésamo que logró abrir la roca de aquel corazón recrudecido en el fuego innoble de las bacanales. Ruiz depuso el ceño acre de sus facciones v sacó del último escondrijo de su alma una especie de sonrisa de niño.

Del Campo Contrario

Este suceso volvió á atraer á Gustavo al lado de su esposa y abrió una tregua á las discordias del hogar y á la licencia en que vivía el marido. El niño, á pesar de las protestas de Lupe Verduzco y de las ironías dulcemente corrosivas de la Caperuza encarnada, (que habían venido á casa de Rosa benignamente, cuando en su enfermedad las hizo llamar) no se bautizó hasta los tres meses, porque antes no podía venir el padrino, que era un alto jefe de zona militar en la frontera. Aunque en la fuente del bautismo le dieron varios nombres de santos, á Rosa le parecieron feos y á Gustavo mogigatos y le agregaron al niño y dejaron por nombre único el estrambótico de Ivan.

Hubo con ocasión del bautizo una frasca carnavalesca en casa, v se repartieron medallas acuñadas al efecto y tarjetones con fleco de seda, alegorías salpicadas de polvo de vidrio que figuraba nieve, é impresas á varias tintas. Muchos de los concurrentes viriles llegaron al tercer período de la embriaguez.

X

Poco tiempo iba desde que aquel pajarillo retenía en el nido á Gustavo, y este acabó por romper los nuevos lazos de cariño que al hogar le ataban. Rosa entonces se refugió en el amor de su hijo y algunas gotas de consuelo rociaban va en las noches solitarias su corazón atribulado. Fué Rosa casi una madre; y digo casi, porque no dejó de entregarle á la nodriza v de abandonarle muchas horas, todas las pérdidas que una mujer del mundo consagra á la vanidad, su ídolo indispensable. Mas cuando Rosa regresaba del paseo ó del sarao pedía á su hijo para darle muchos besos y hacerle muchas caricias. Y cuando su marido la dejaba sola, se entretenía con Ivan v dejaba caer sus lágrimas silenciosas sobre el rostro del niño (que pugnaba